

Francia y la arqueología mexicana

D. Michelet y G. Pereira*

“¿Pero que diablos les interesa a ustedes franceses, la arqueología mexicana?” Esto es un tipo de pregunta que escuchamos frecuentemente, en particular cuando estamos haciendo trabajos de campo. En realidad, desde hace mucho tiempo no faltó en Francia quien se apasionó por el pasado indígena de México, y contribuyó a su redescubrimiento. Sin embargo, excepción hecha de algunos trabajos de la efímera *Commission Scientifique du Mexique*, en tiempos de Maximiliano, y de unas cuantas exploraciones de Désiré Charnay,¹ la participación de franceses en la investigación arqueológica —estrictamente hablando— en México es relativamente reciente, y queda modesta, sobre todo cuando se compara con lo que nuestros compatriotas van realizando en otras partes del mundo, en el Oriente Medio o en Egipto, por ejemplo. A pesar de estas limitaciones, la cooperación que Francia y México han establecido y que siguen desarrollando en esta rama, es considerada por muchos como ejemplar.

El arranque de esta colaboración puede fecharse en los años 1960-1961, cuando la Secretaría de Relaciones Exteriores de Francia, la cual financia la arqueología en el extranjero, fundó la Misión Arqueológica y Etnológica Francesa en México, institución que se volvió permanente con la firma, el 17 de julio de 1970, del acuerdo cultural general entre ambos países. Vale la pena aclarar aquí que la iniciativa de esta fundación viene a ser de México. De hecho, a finales de los cincuenta, México,

en particular a través de su secretario de Educación Pública de aquel entonces, Jaime Torres Bodet, había empezado a gestionar una solicitud para que se crease en su territorio un instituto francés de investigación dedicado a la antropología y a la arqueología prioritariamente. De nuevo, México estuvo en el origen de la segunda medida más importante tomada por Francia para asegurar el estudio de la arqueología mexicana: la creación, en 1972, de una cátedra en esta materia en la universidad de París I. El entonces embajador de México en Francia, Don Silvio Zavala tuvo un papel central en este episodio, el cual aseguraba la formación de los futuros investigadores, y le correspondió a Alberto Ruz L'huillier, el descubridor de la gran tumba real de Palenque, ser el primer profesor...

Ahora bien, a poco más o menos 40 años de los inicios, ¿cuáles son, en pocas palabras, los aportes de los franceses a la arqueología mexicana?

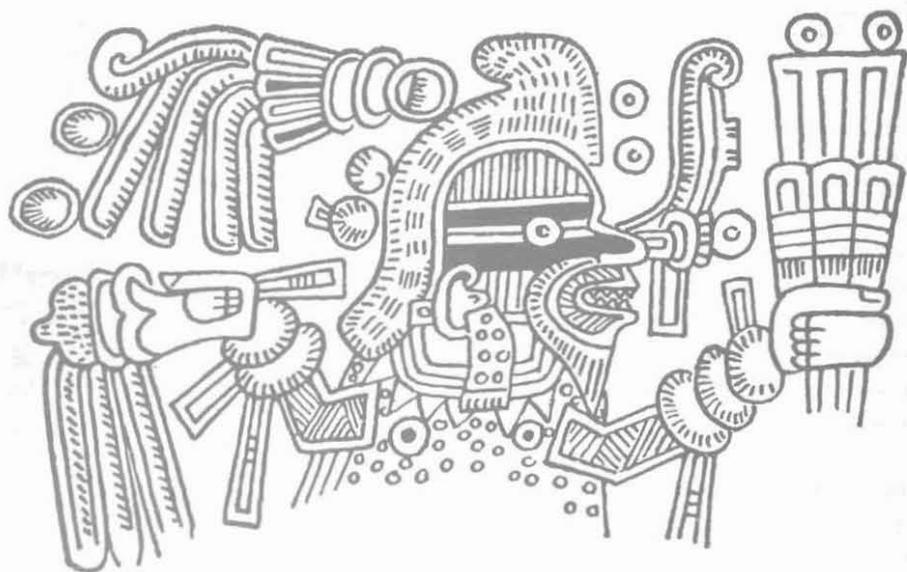
En primer lugar, queda patente que una mayoría de la quincena de proyectos desarrollados desde 1961, tocó sitios y/o regiones poco trabajados. A la Misión, en sus comienzos, las autoridades del INAH pidieron muy lógicamente consagrarse al estudio de la zona de la cual su primer director, el profesor Guy Stresser-Péan, se había vuelto uno de los mejores especialistas, la Huasteca. De allí excavaciones en Tamtok, Platanito, Vista Hermosa y San Antonio Nogalar. Las investigaciones que siguieron más al oeste, pero siempre en los límites septentrionales de Mesoamérica (Río Verde, SLP; Guanajuato), constituyen hasta cierto punto una prolongación de los primeros programas. Cuando años más tarde (1983) el Centro de Estudios Mexicanos



y Centroamericanos (CEMCA) que acababa de sustituir a la Misión, se lanzó al estudio del centro-norte de Michoacán —la cuenca de Zacapu y sus alrededores—, fue casi a petición de arqueólogos mexicanos, que lamentaban la falta de información sobre un sector tan cercano al centro de México e importante para la historia prehispánica, al menos desde la perspectiva del Postclásico y de estos grandes rivales de los mexicas que fueron los tarascos. Aun si uno considera de cerca los puntos de las tierras bajas mayas, donde arqueólogos franceses trabajaron y lo siguen haciendo (con la franja norte de Mesoamérica que va de la Huasteca al centro-occidente de México,² se trata de la otra gran región de investigación), todos, incluso los que hoy en día son más o menos famosos o lo eran desde antes (Toniná y Río Bec, Balamkú y la zona Puuc), quedaban poco investigados. En estos lugares, las investigaciones emprendidas permitieron muchas veces asentar las bases de los conocimientos en términos de la historia crono-cultural local y regional.

Aparte de haberse interesado en sitios y regiones mal conocidos, ¿cuál sería la originalidad de la investigación arqueológica francesa en México? No cabe duda que para tratar de contestar esta pregunta, es necesario echar un ojo del

* Investigadores del Centre national de la recherche scientifique de Francia



otro lado del Atlántico y ver cuáles son las tendencias seguidas por la comunidad científica francesa o, mejor dicho, francófona en el campo de la arqueología. Con riesgo de ofrecer una imagen reductora por ser demasiado resumida, se puede decir que en nuestro país se ha dado un énfasis particular al análisis del documento arqueológico en sí. La importancia otorgada al dato arqueológico y a su contexto, la necesidad de conocer las reglas que rigen su formación y los problemas epistemológicos que implican la "lectura" e interpretación de los vestigios del pasado han sido objeto de intensos debates y avances. En cambio, la construcción de modelos teóricos globales o el recurso a ellos no ha sido muy favorecido; con frecuencia dichos modelos se perciben con cierto escepticismo, sobre todo cuando provienen del mundo anglosajón (!). Si bien esta posición que privilegia los datos ha llevado a unos excesos, hay que reconocer que ha permitido el desarrollo de enfoques sumamente novedosos que en muchos casos se encuentran en el punto de contacto entre varias disciplinas, todas siempre rigurosamente mobilizadas en torno a las problemáticas arqueológicas (cfr. por ejemplo los aportes de las cien-

cias naturales o biológicas en el estudio de las economías prehistóricas *lato sensu*).

Si volvemos a México, es obvio que las corrientes a las cuales nos acabamos de referir han tenido cierta influencia en las investigaciones francesas. En este sentido, se puede hacer hincapié en algunas "transferencias" metodológicas que, sin lugar a duda, abrieron y siguen abriendo perspectivas nuevas en el panorama de la arqueología mexicana. Pensamos en particular en los estudios tecnológicos aplicados a la lítica (véanse los trabajos sobre los yacimientos de obsidiana de Zinapécuaro, Michoacán) o a la producción de la sal (cuenca de Sayula); también en el enfoque tafonómico en el análisis de los restos funerarios de diferentes lugares (en el caso de la tumba "real" de Balamkú permitió, entre otros aspectos, "restituir" la presencia original de un lecho mortuario de madera sobre el cual el personaje había sido colocado, una práctica al parecer de alto contenido simbólico entre los mayas del Clásico Temprano); citaremos finalmente, y para no alargar más, los programas paleoambientales que se llevaron a cabo en Michoacán o los que van a empezar próximamente en la zona de Río Bec; en este último sector del

centro de la península de Yucatán, *a priori* poco favorecido pero densamente poblado entre 600 y 1000 d.C., las preguntas planteadas a los geoarqueólogos, palinólogos, sedimentólogos y otros especialistas de los paleoincendios son ¿cómo la población aprovechó los recursos naturales a su disposición?, y ¿en qué las condiciones ambientales y su evolución, intervenida o no por el hombre, influyó en el desarrollo cultural local y en su colapso?

En complemento y, hasta cierto punto, al contrario de lo expuesto, no se puede negar que los arqueólogos franceses en México han sido "víctimas" (pero cómplices a la vez) de un notable "proceso de mesoamericanización": en efecto muy afortunadamente fueron y son muy permeables a las ideas y a los métodos en boga en el mundo de la investigación mesoamericana. Este mestizaje intelectual sin lugar a dudas da interés a sus trabajos a los ojos de sus colegas en Francia: la fuerte orientación antropológica en las problemáticas de la arqueología en México, las preguntas específicas que plantea la historia prehispánica en comparación con las del Viejo Mundo, despiertan la curiosidad de todos. Desde esta perspectiva, las sociedades mesoamericanas estimulan y enriquecen las reflexiones de la arqueología fuera de México. *

NOTAS

- 1 Durante su tercera estancia en el país (1880-1882), este antojadizo personaje trabajó en Tula, Hidalgo, y adivinó la importancia de este sitio; por otra parte, después de haber excavado en Teotihuacán y Chichén Itzá, fue probablemente el primero en concebir la existencia de cierta unidad cultural dentro de lo que nadie aún había propuesto llamar "Mesoamérica".
- 2 El proyecto que el Instituto Francés de Investigación para el Desarrollo (ex-Orstom) llevó a cabo a partir de 1990 en colaboración con la Universidad de Guadalajara y el INAH en la cuenca de Sayula, Jalisco, marca el límite occidental de esta franja.